

Dos americanos hablan de España

Escribe: HELCIAS MARTAN GONGORA

El tema universal de España vuelve a resonar en la voz de los poetas americanos. El motivo noble se renueva en la generación que regresa a la península descubridora, a trueque de las negociaciones, en la carabela de sus estrofas. Castilla, maternal y adusta, retorna al sitial del poema, en el libro que Luis Hernández Aquino fue construyendo con su añoranza en su nativa isla de Puerto Rico, bajo las sombras líricas de Unamuno, Machado y Rosales. Ya en la iniciación del breve prólogo Carmen Conde advierte que "Este libro viene transido de amor a Castilla". Más adelante, ella insiste en su afirmación: "Con un amor encendido, con apasionado enamoramiento, este hombre joven, sano, bueno, sencillo, comprensivo y sabio ha ido cantando los paisajes, las criaturas, el tiempo de una España heredada y legadora de mundos".

Sobre la anterior actividad literaria de Luis Hernández Aquino cobra excepcional validez el testimonio crítico de Juan Ramón Jiménez, cuando expresó que "Hernández Aquino ha escrito dos sonetos conmovedores, que pasarán

a las antologías de la lengua española. Los sonetos a que aludo son *A una doncella muerta* y *En la muerte de mi perro*. Este es su camino". También la autoridad magistral de Pedro Salinas encomió su "constante sinceridad de raíz poética, una invariable fidelidad a su manantial".

Luis Hernández Aquino inicia su fiel *Memoria de Castilla* con la infinita soledad de España y la insta para que se alce ilesa y estremezca "la grieta de mi boca y mis palabras". El Escorial, los pueblos castellanos, Toledo con "El cielo deshojándose en paternales Grecos", Salamanca, Alba de Tormes, Segovia y Valdepeñas, cuyo vino "solía florecer en mi vaso, viva rosa —que ocultaba en su esfera una furiosa— locura, que serena se fingía", forman parte de la nómina geográfica que en Avila encuentra su flor de "Luto y siglos —y el muro que detiene— a Teresa...". En torno al Guadarrama y al Manzanares se trenza la evocación fluvial que, en las aguas del Tajo y a "Orillas del Eresma, refleja en ecos a la mejor Castilla de los sueños, maternal, pedernal, primitiva y eterna".

Todavía, en las inmediaciones del Tormes es posible escuchar a "Fray Luis que conversa en la noche con los astros".

Un disertado catedrático español, Antonio Oliver Belmás, señaló la ascendencia verbal de Hernández Aquino en la obra de Juan Ramón Jiménez y de Antonio Machado. Sobre todo en el Machado estilizado en la más noble arcilla popular que, en su jardín de coplas, recoge acentos de personal belleza: "Que no hay oro en Castilla — ¿Qué tiene que ver? La hoja del chopo amarilla, — Oro puede ser". Poeta culto que, no obstante, no desdeña entonar sus mejores cantares castellanos: "Agua, qué fresquita el agua — ¡Que venía de Loyoza! — Mas nunca apagó la sed — Que sentía por tu boca".

En quienes recorrimos un día las tierras solidarias de España, esta *Memoria de Castilla* enciende la clara virtud de la esperanza. Tiene también la esquivada calidad de los mejores símbolos y de puente extendido a través de los mares. Su autor, Luis Hernández Aquino ha cumplido, en forma ejemplar, con el sagrado mandamiento del amor.

* * *

A través de la persona y de la obra de Pereda ha buscado Lázaro Seigel, un escritor argentino, la esencia misma de España, su alma plena, precisamente en uno de los períodos difíciles de su historia, cuando las más encontradas fuerzas gravitaban con furor sobre el corazón de la península conquistadora. El vital novelista español, incontaminado y erguido como las cumbres que sirven de

escenario a sus relatos, cobra estatura de símbolo pétreo, de España - España, frente a otra versión mistificada de la honda verdad hispánica. El escritor montañés señala un límite ante la avalancha disolvente, como unidad calificada y excepcional de un país, cuya raíz épica se nutre de inagotable savia popular, a todo lo largo y ancho de su agitada existencia. El autor de *Sotileza y Peñas arriba*, como biógrafo fiel y afortunado de este pueblo, llegó a confundirse con él, a ser parte consubstancial de él, cifra de todo étnico, a tal extremo que Lázaro Seigel ensaya, en torno a su figura, un estudio profundo de la "tradición y realidad de España".

Lázaro Seigel alcanza su cordial objetivo y nos entrega en un pequeño volumen el fruto cuajado de sus fecundas indagaciones críticas. Mas, antes de llegar a la etapa final, después de haber explorado —casi palmo a palmo— el apasionante "mundo cántabro", como argumento definitivo en torno a la tesis central, intenta un sagaz paralelo entre Pereda y Pérez Galdós, en el cual resaltan las características opuestas de estos escritores, tan diferentes en criterios y estilos, pero que lejos de excluirse, se complementan con sus personalidades disímiles y ofrecen una visión más nítida del inmutable rostro peninsular, como si en el claroscuro de estos antagonismos humanos se evidenciara mejor la verdadera faz de España, en la atrayente versión que nos ofrece un vigoroso escritor americano, profundamente apasionado por el presente y el pasado de la común madre ibérica.

El paisaje de Pereda oscila entre la montaña y el mar. "Su sensibilidad trepa a diario por los peñascos de la una y navega lo inmedible del otro. Se nutre con radiante musicalidad, emborráchase en sus gradaciones de belleza, sublima síquicamente la indescifrable seducción del Cosmos". Con estas palabras Seigel rechaza enfáticamente la afirmación que hace aparecer a Pereda como un pesi-

mista. Nosotros hemos citado la frase anterior porque nos parece característica del estilo predominante en *Pereda, tradición y realidad de España*, cuyo envío hemos de agradecer al autor ya que su lectura nos depara la oportunidad de acercarnos al tema siempre vivo de España, a su entraña palpitante de la cual procedemos por irrevocable mandato de la sangre y del espíritu.